

Palabras del Excelentísimo Sr. D. José Luis García Delgado

SABINO FERNÁNDEZ CAMPO *IN MEMORIAM*

Presidente,
Señora y Sres. Académicos,
Hijos y familiares,
María Teresa:

Como todos ustedes, evoco ahora con honda nostalgia a quien ha sido un compañero entrañable en esta corporación, presidiéndola ejemplarmente. Nostalgia que es la pena con que nos mortifica lo perdido. Pero nostalgia que, en este caso, se tiñe también de un cierto sentimiento de complacencia: el gozo que produce compartir una memoria querida y estimulante, la memoria de quien supo vivir con intensidad su larga vida ayudándonos a vivir mejor la nuestra.

No podré, en mis breves palabras, sino repetir mucho de lo que ya se ha dicho y también algo de lo que yo mismo he escrito en otras ocasiones. Adoptaré, he de advertirlo, un tono muy personal; no me fijaré en la obra como jurista o en la carrera militar de Sabino Fernández Campo, ni tampoco en los hitos de su dilatado servicio a la Corona o en su impecable labor como miembro de esta Academia; trataré de retener, únicamente, los rasgos de su personalidad que con más fuerza emergieron a mi vista en el curso de una relación personal que se prolongó durante tres lustros. Desde mediados del decenio de 1990, en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, mantuve largos encuentros con Sabino Fernández Campo, y desde entonces él y su esposa, María Teresa Álvarez, me han distinguido

—como a mi mujer, Raquel Marín— con el privilegio de su generosa amistad. Desde la cercanía humana que ello me ha brindado, les hablo ahora de dignidad, entereza y bonhomía como componentes de un *ser* y un *estar* admirables.

* * *

Dignidad es, efectivamente, el primero de los trazos que más sobresalen en la marcada personalidad de quien fuera nuestro Presidente. Todo en Sabino Fernández Campo transmitía dignidad: su semblante, su figura, su voz, su mirada. La dignidad del hombre cabal, de la persona que entiende la lealtad como un sacramento y, al tiempo, como un arte. Esa cualidad privativa de quien, con su conducta, nunca se ha perdido a sí mismo el respeto, la dignidad que se gana con el comportamiento; la que sale de dentro: *ser* más que *estar*, aunque se refleje en cada ademán. La dignidad, en suma, que hace de algunos elegidos referencia de altura moral y de rectitud. La dignidad que, desde la libertad, nutre el espíritu de sacrificio y servicio, bien lejos, por tanto, de esa persistente abyección alojada en el centro mismo de la historia según la cual —por decirlo con Albert Camus— los hombres hemos venido al mundo para servir o ser servidos. Fue esa dignidad precisamente la que le permitió a Sabino Fernández Campo administrar tan patrióticamente sus silencios, siempre más difíciles de manejar que las palabras.

Entereza es el segundo rasgo. Entereza, temple, fortaleza de ánimo. La entereza de quien sabe vivir con hondura la felicidad y el sufrimiento, tanto la fortuna como la adversidad, y de una y de otra conoció mucho Sabino Fernández Campo. Entereza que es no volverle nunca la espalda a la vida, traiga ésta lo que traiga. La entereza que, como la dignidad, es *estar* pero también y, sobre todo, *ser*, porque es una actitud moral. Esa entereza que dota de distinción: distinción física y distinción espiritual potenciándose recíprocamente. Ahí radicaba probablemente el secreto de aquella su apostura característica y única, invariablemente mantenida en lo serio y en lo festivo, que suscitaba con naturalidad respeto y atención sin tener que recurrir nunca a la arrogancia.

Hay todavía un tercer rasgo sobresaliente en la personalidad de Sabino Fernández Campo; no es fácil nombrarlo con un solo término, porque implica una auténtica sabiduría para las relaciones humanas; puede valer el de bonhomía, pero no entendida trivialmente. La bonhomía que se demora en amistad. Bonhomía que es serenidad, intensidad sin apremios, sin precipitaciones, como si la vida no fuera esa “prisa” de la que hablara Ortega. Bonhomía que en Sabino Fernández Campo también se expresaba en una suerte de humor hacia adentro: la ironía nunca caústica, nunca agresiva, siempre comprensiva, reflejo de una vieja y acendrada actitud que se adentra en el dominio mismo de la tolerancia, ese

humus civil de la convivencia, empleando una hermosa expresión aquí mismo utilizada en otra ocasión por nuestro compañero Pedro Cerezo. Una bonhomía que no fue nunca incompatible con la gravedad o con la seriedad o con el compromiso que demandaron unas y otras situaciones. Ello explica en buena parte el gran atractivo de Sabino Fernández Campo: saber ser próximo, aunque manteniendo la distancia siempre más adecuada. *Ser* y *estar* dignos de admiración, una vez más.

* * *

Termino ya, cumpliendo mi compromiso de brevedad. Repetiré únicamente lo que me sirvió para comenzar: tristeza y complacencia se combinan al evocar a nuestro compañero, ciertamente añorado, pues añorar significa querer en la ausencia. Y en esta casa, que es mejor desde que fue la suya, no le dejaremos de querer, podéis estar seguros, querida familia, querida María Teresa.

